

NIETZSCHE CONTRA NIETZSCHE O A PROPOSITO DE NIETZSCHE Y DE LA MODA NIETZSCHE

Por: Gilvan Fogel
Traductor: Carlos E. Ortiz*

Sí, un panfleto más a propósito de Nietzsche. Y, como todo panfleto, también éste es de ojo empañado y de labio amargo. En verdad éste tiene además la acidez de un célibe solitario, un Schopenhauer. ¡Pero ahí va !

Me gustaría comenzar con una cita de Martin Heidegger. “Toda cuestión esencial de la filosofía”, escribe Heidegger en la página 6 de su *Introducción a la metafísica*, “permanece necesariamente inactual, extemporánea. Y eso por dos motivos: o porque la filosofía se proyecta más allá de la actualidad, o porque la filosofía reconduce y re-ata su presente a su pasado-presente originario. Como quiera que sea, la filosofía es y permanecerá siempre un saber que no sólo no se deja moldear por la medida de su tiempo, sino que, por el contrario, pone el tiempo bajo su medida. La filosofía se halla esencialmente fuera de su tiempo, porque ella pertenece al dominio de aquellas pocas cosas cuyo destino consiste en nunca poder ni deber encontrar resonancia inmediata en la actualidad. Donde tal parece ocurrir, donde una filosofía se transforma en moda, es o porque ahí no hay verdadera filosofía, o porque ésta es desvirtuada y usada perversamente según intenciones extrañas a la filosofía para satisfacer los reclamos y las necesidades de la moda”. Bastante tendría que ser dicho para esclarecer el sentido de estas líneas de Heidegger. Para nuestros fines, aquí, nos interesa resaltar que la cuestión de Nietzsche es una cuestión esencial. Que ella sea esencial significa que es una cuestión de génesis. Que ella sea así una cuestión esencial, significa que, queramos o no, ella nos merece respeto. Y nos merece respeto porque es nuestra propia realización, esto es, nuestra propia génesis en su movimiento de exposición y concretización. Tal esencialidad, así determinada, se da en el pensamiento de Nietzsche en la medida en que este pensamiento determina la propia cuestión de la filosofía y respectivamente del hombre y de la realidad occidentales como la cuestión de la determinación del sentido del ser (Nietzsche llama a eso “sentido de la tierra”) desde voluntad de poder-eterno retorno, lo que posibilita, al recorrer y rehacer tal pensamiento, definir o determinar la historia de Occidente, esto es, de la filosofía y del humanismo greco-cristiano, como movimiento de esencialización o de exposición y concretización del nihilismo –tal historia y tal proceso de realización como génesis del nihilismo–. Una vez más es ésta una cuestión esencial, porque es con ella y a partir de ella como se torna posible para Nietzsche repetir la tradición occidental como el

* N.T.: Dedico esta traducción al profesor Jorge Mario Mejía T.

envío y reenvío de la cuestión de copertenencia del ser y de la nada como el proceso de estructuración y realización del hombre y de la realidad que somos —el Occidente, Europa—. Por eso, a partir de la experiencia y del pensamiento del nihilismo europeo se abre en insinuación y promesa la posibilidad de retomar nuestra esencia, nuestro origen y nuestra génesis. Por eso todavía la experiencia y el pensamiento del nihilismo encierran la posibilidad de repetición de nuestra identidad, esto es, la posibilidad de retomar el hacerse de nuestra libertad. La cuestión es entonces esencial, porque es cuestión de libertad, que siempre se pone como cuestión de génesis, como la cuestión del movimiento de exposición y concretización del origen.

Por las dos razones indicadas por Heidegger en el texto antes citado, es esta cuestión, la cuestión del pensamiento de Nietzsche, extemporánea, inactual: primero porque Nietzsche pensándola desde voluntad de poder-eterno retorno proyecta la suya y respectivamente nuestra actualidad (pues el presente de Nietzsche, también por ser futuro, continúa siendo insistentemente el nuestro) para mucho más allá de ella y; segundo, porque desde la voluntad de poder-eterno retorno y como voluntad de poder-eterno retorno, él reconduce y re-ata esta misma actualidad a su pasado-presente originario, esto es, a su origen, a su esencia, a lo que se llama génesis: a Grecia, al pensamiento griego. Y es porque él cumple con determinación y radicalidad esta tarea de reconducción y re-atajamiento de la actualidad a su intransferible origen (génesis), por lo que él gana la fuerza y el derecho de proyectarla también más allá de ella misma. A este pensamiento, si le cabe el derecho de futuro, es porque él hizo, porque él supo hacer con que, con mucha más razón, le cupiera el derecho del pasado-presente originario, esto es, de su origen o génesis. El sólo es y sólo puede ser futuro porque tiene el coraje y la disposición (el *pathos*) de la inactualidad o de la extemporaneidad de origen, de génesis. Origen, génesis, es lo callado que es fuerza, el habla de todo hablado. Origen, génesis, es el comienzo que, porque siempre es demasiado tarde o demasiado temprano, sin jamás haber comenzado, perdura, posterga y concluye. Mejor: perdura pasando de largo, permeando y, así, concluyendo en insistente extravío de sí mismo. El *per* (a lo largo de, a través de) dice la insistencia de una imposición que sólo se pone en su exponerse como movimiento génesis o natividad, germinación, floración, *natura* (*nascere*), *physis*. Este *per* es lo mismo (¡o igual!) que insiste en la vuelta, en el retomar del eterno retorno de lo idéntico (¡o de lo igual!) y que es pensado como la dinámica, la génesis del tiempo que es la vida, esto es, la voluntad de poder. Parfraseando a Zaratustra, origen, génesis, es lo que viene, lo que sólo puede venir con pies, con pasos de paloma. En el crecer, en el insistir, en el retener —en el retorno, pues, de su hora más silenciosa— dice Zaratustra: “Pensamientos que dirigen al mundo (y mundo es el nombre de vida, de voluntad de poder) vienen con pies, con pasos de paloma”. Del mismo Zaratustra se oye en la tercera parte: “el ruido (*Lärm*) mata pensamientos”.

Y ningún ruido mata más pensamientos, ninguna matraca aplasta más el susurro de los pasos de paloma que la habladuría, que la saña del hablatorio de moda. Nietzsche, el pensamiento de Nietzsche, que sólo viene con el anuncio previo y la insinuación en un

auscultar pasos de paloma, “este pensamiento se volvió moda”. *El Zaratustra* dice Nietzsche en *Ecce Homo*, “es el renacimiento del arte de oír. Una presuposición para él”. Pero Nietzsche, el Zaratustra, el portavoz del sentido de la tierra (el sentido del ser) en el habla del pensamiento voluntad de poder-eterno retorno, se volvió moda, y el bla bla bla de la moda es avieso y adverso, es hostil al arte de oír. Por temor y horror, por cobardía y frivolidad, el bla bla bla de la moda está empeñado en sofocar y desviar, de forma esquiva y con subterfugios, —mejor, está empeñado en, sutil y subrepticamente, “neutralizar” la responsabilidad que se impondría desde el oír atento y recogido de un pensamiento responsable. La moda en el pensamiento —y tal vez no sólo en el pensamiento— es la instancia a la cual los frívolos se apegan y en la cual se anidan para con ella distraer sus tedios; donde ellos se apegan y se anidan para aliviar el peso del tedio que les pesaría insoportablemente si, por ventura, pararan y se dispusieran a la espera de un oír; es la instancia a la cual ellos se apegan para tergiversar sus veleidades. Sería también aquélla a la que se apegarían para mitigar y endulzar el desespero, si ellos fueran capaces de desesperar. Pero para eso están demasiado embotados, indiferentes, apáticos. El uso, consumo y vorágine de la moda ya se encargaron de embotarlos así.

La moda en el pensamiento es el modo como la cristalización, el esclerosamiento de algo impensado y ciegamente usado, y sólo usado, se promueve, actúa y domina. Y este esclerosamiento triunfa mejor y domina en la vigencia de la moda, porque entonces viene tergiversado y protegido por la bazofia, cuando no por la voluptuosidad y la lascivia, de lo nuevo y de lo revolucionario. Así, la moda en el pensamiento es siempre, no un síntoma, sino el hecho de un siderúrgico reaccionarismo.

Más: la moda en el pensamiento es una manifestación, un fenómeno de piedad. Todavía mejor: de auto-conmiseración. Por la moda, a través de ella, un hombre, una época, se auto-conmiseró y desde esta auto-conmiseración él o ella se economiza, se protege y se defiende encapsulándose en la caparazón, en el cascarón de moda, esquivando así el exponerse a la responsabilidad que el pensamiento reclama, impone. La moda en el pensamiento, en cuanto tal fenómeno de auto-conmiseración, es una tergiversación del cristianismo —es cristianismo laico, secularizado. Es una tergiversación secularizada de la religión y de la moral cristianas, que son moral y religión de la piedad, de la auto-conmiseración, y así, tal como el padre (¡y hay mucho padre en esta moda!) cristiano, ésta alivia el dolor y envenena la herida. La moda en el pensamiento, en cuanto fenómeno de piedad y de auto-conmiseración de un hombre, de una época, es esencialmente contra, esencialmente sin pudor, pero ¿dónde se encontrarán oídos para el fenómeno del pudor, que sólo viene con pasos de paloma, cuando sólo domina la licenciosidad de la moda? ... Eso quiere decir que ahí no hay oídos para Nietzsche, quien, pensando el Occidente desde la voluntad de poder y el eterno retorno, como génesis del nihilismo y reclamando así la superación de la determinación metafísica (i.e. greco-cristiana) del hombre, es el pensador del pudor.

Nietzsche, el pensador más próximo a nosotros, quien es mayormente de la misma estirpe, de la misma radicalidad y del mismo frescor de Platón, cayó en la moda y se tornó inaccesible para nosotros por el hecho de haber caído en la moda. Tal vez sea patético decir que eso sea destino, mas, si destino es envío, es éste, a su modo, un sabio (¿lo sombrío?!) destino, un sabio (¿lo sombrío?!) envío de alguna decisión preliminar que tomamos a nuestro propio respecto y que nos marca y nos importa tanto y de tal modo que de ella ni siquiera queremos darnos cuenta. La moda Nietzsche en el pensamiento, hoy, tal vez sea el cumplimiento de un destino, esto es, del envío del hombre occidental, porque en ella y con ella viene el habla, pero siempre esquivándose y tergiversándose. Las categorías a partir de las cuales el fenómeno del nihilismo europeo (nuestro origen, nuestra génesis y por eso nuestro concreto) se torna explicable: el tedio, la euforia (que, para nosotros, puede también llamarse furor y bazofia novistas, revolucionarescos) y el desespero.

Es fácil entrever que nada está más pensado y más cuidadosamente considerado en el pensamiento de Nietzsche, quien insiste en pensar y formular genealógicamente el fenómeno denominado nihilismo europeo, que la moda, la cual nosotros renunciamos a pensar, porque de ella nos obstinamos en sólo hacer uso, o mejor: liviana e inconsecuentemente apenas y tan únicamente, nos dejamos usar por ella. El texto de Heidegger, que citamos antes, habla del posible desvirtuamiento de una filosofía, de un pensamiento responsable, para satisfacer los reclamos y las necesidades de la moda. Virtud, (*virtus*) es fuerza. Desvirtuar es debilitar, enflaquecer, enflaquecerse y debilitarse de un pensamiento, cuando, a costa de violencia se lo coacciona a sonar y resonar desafinadamente desde una fuerza, un vigor, una virtud que no es la suya, pero sí la del poder, de la fuerza de violentación y de coacción. La moda es una fuerza así, un poder tal de violencia y coacción, esto es, de deformante subyugación de un pensamiento, y eso porque ella tiene sus necesidades propias, necesidades estas que definen esta misma fuerza, este mismo poder de violentación y de coacción. Sí, la moda, desde sus necesidades, pasa a tener más razón, porque ella se confiere, se auto-confiere de la fuerza en la que necesita más poder. Y ¿qué necesidades son estas? ¿Qué fuerza y qué poder de violentación y de coacción son estas de la moda? Ya lo dijimos: el tedio, la euforia y el desespero, esto es, los índices constitutivos del fenómeno que somos: el nihilismo. Y estos índices no son otra cosa que vestimentas, ropajes, de un único, aniquilante y nihilizante fenómeno: el orgullo, la presunción, la codicia, el in-finito y lo i-limitado —en fin, la *hibrys*. “Más que el incendio, es la *hibrys* la que necesita ser apagada”, se lee en un fragmento de Heráclito. El único pensador, sí, pensador de Occidente, que enraizó y explicitó el fenómeno del nihilismo europeo, pensándolo con el mismo vigor de Nietzsche y, desde el mismo fenómeno de *hibrys* en toda su multiplicidad, fue Dostoievski.

En cuanto usamos a Nietzsche apenas en uso de moda, esto es, en cuanto hagamos del pensamiento de Nietzsche pretexto y ocasión, sea para escamotear o distraer nuestro tedio, sea para exhibir nuestra euforia, nuestra bazofia de revolucionarios y de nuevos, sea para burlar o endulzar nuestro desespero —en cuanto procedemos solamente así—

estaremos siempre apenas midiendo a Nietzsche según la pequeñez de nuestra propia medida. No estaremos jamás leyendo, esto es, oyendo a Nietzsche.

Nietzsche cayó en la moda y así en torno a él se parlotea mucho, la habladería es tanta que no queda tiempo ni lugar para leerlo. El se transformó en moda, el bla bla bla, la cháchara es tanta que no hay ni siquiera una pausa, una parada para tomar aire, donde pueda cavarse un poco de silencio, donde su palabra pueda venir a resonar y configurarse desde el lugar y el tiempo (*kairós*) en que ella crece, emerge y se hace, desde el lugar y el tiempo (*kairós*) en que ella es dicha, poetizada: el silencio. "Todos hablan de mí y nadie me conoce, nadie me sabe. Sólo eso es soledad". Así se lee en un cuaderno de notas para *Así habló Zaratustra*. Y el pensamiento voluntad de poder-eterno retorno que habla de sí y para sí, es la tradición del interés de un *Logos* que, hablando el habla de la voluntad de poder-eterno retorno, dice eso de sí y para sí. Pero, ¿deja la moda que eso sea oído? La prisa, la saña, la ansiedad y la puerca voracidad de la moda ¿deja que eso aparezca?, esto es, ¿deja resonar nuestro interés de hombres históricos, el interés de nuestra identidad, de nuestra libertad? Ahí, en la bulla de la mentira de la moda ¿puede aparecer el interés (que es otro nombre de la vida pensada como voluntad de poder-eterno retorno), puede ahí aparecer el interés como concretización y envío de un *Logos* después que éste, en la epifanía de su libertad, vino a ser idea, *energeia*, dios creador, *cógitio*, razón pura, estructura de posición, y lo lógico, lo especulativo, en la idea absoluta? ¿Puede ahí oírse cómo es que eso es y cómo no es lógica, o dialéctica hegeliana y subjetividad trascendental? ¿Deja oír la moda, para decir nietzscheanamente, la articulación y la estructuración de co-pertenencia entre el camello, el león y el niño? Para eso sería preciso ser hombre de soledad, amigo de lo lento... y del peso.

Nietzsche cayó en la moda. El ruido de la moda es tanto que hace de este pensamiento, de este oído fino y aguzado (que son los finos oídos de Dionisios cazador) habituado a la música monótona y unísona de la flauta de Dionisios, flauta ésta que siempre sólo canta la música del gotear de la fuente, —pues bien— la moda hace de este pensamiento, de esta música frágil, larga y constantemente dulce, un gigantismo hueco, un monumentalismo flácido, o sea, ¡hace de la flauta de Dionisios wagnerianismo! La moda es mágica "la magia de los extremos" se dice perplejo el pensador. El sombrero mágico de la moda hace salir de la pobreza, de la decadencia, que es la radical experiencia del pensamiento de Nietzsche, esto es, donde él comienza y donde él acaba, —porque él ya perdió a Dios y a la verdad, y con eso también todo público y toda moda, pues público y moda son también Dios y verdad— la magia de la moda hace salir de la pobreza de la decadencia el "verdor", el esplendor, la presunción, la bazofia faustianas, la flauta de Dionisios se transformó en el retumbante drama polifónico wagneriano...

"¿Querida vamos a la opera? ¿Qué tenemos hoy? ¡Wagner! ¡Ah Wagner! ¡Óptimo! ¡Óptimo! ¡Vanos! Su música es tan alta, tan ruidosa, que podemos conversar todo el tiempo sin ser percibidas". Esta causticidad es de Oscar Wilde en alguna página del *Dorian Gray*. El dandi es aquí cáustico, al mismo tiempo con la causticidad y la coquete-

ría victorianas y con el gigantismo de Bayreuth, que también hizo mucha moda. Pero la moda olvida (nunca supo) que Zaratustra nació y creció a seis mil pies por encima de Bayreuth. Por eso ella coquetea como música, coquetea como pensamiento, en la moda y por su causa somos coquetos de la filosofía, del pensamiento. Se habla tanto de Nietzsche que no se lo oye más –no se necesita ya oír para luego hablar, se habla tanto, se conversa tanto, que no es ya necesario pensar. ¿Nietzsche? ¡Óptimo!, ¡Óptimo!, ¡Vamos! Se puede hablar todo el tiempo sin necesitar pensar, oír, interrogar, pues la moda, y la moda en el pensamiento instaura el confort, el calor uterino y el refugio de las frases, de los tópicos –pero con exóticas retumbancias y altisonancias de profundidad y de gravedad–.

No se lee a Nietzsche. En la primera parte del Zaratustra, escrita en 1883, precisamente hace un siglo, se lee: “otrota el espíritu era Dios, entonces se hizo hombre y ahora se hace incluso populacho... Quien conoce al lector no hace nada por el lector. Un siglo más de lectores y el espíritu hederá” ¡1983! Si Zaratustra es profeta, y parece serlo, nuestro espíritu está hediendo, nuestro espíritu hiede, y ese hedor, entre otras cosas seguramente, es la exaltación de la moda, de la moda Nietzsche y sus afectaciones y rebuscamientos tortuosos, sinuosos, charlatanes. Y ¿qué diría Nietzsche de esos adeptos de la moda, de su moda? Con desprecio, con un gran desprecio, él diría y dice: “¡Hombres sin soledad!”. La moda, que de cualquier modo sólo arrebaña, (la moda, sobre todo la moda es rebaño), no es capaz de perder a Nietzsche y Nietzsche desprecia con gran desprecio a quien no es capaz de perderlo. ¿Se podrá oír en la vigencia de la moda el susurro que es “De la muerte libre”, el discurso de Zaratustra que es habla del tiempo y de la hora cierta (del *kairós*) del morir? ¿Se podrá oír ahí el mensaje que Nietzsche desde Turín, en el límite de la experiencia radical de su pensamiento, y que acostumbramos llamar su locura, envía al profesor dinamarqués George Brandes en los primeros días de 1889?... Para eso son precisos oídos finos, aguzados –oídos de Dionisios cazador– y la moda sólo los tiene embotados, sucios, entupidos...

Nietzsche se volvió moda y por eso se usa de él para promover la negligencia, la pereza. En su nombre se fomenta el insulto, la calumnia. En su nombre se denigra, se calumnia y se insulta, porque la moda, toda frívola y ruidosa, imposibilita que se gane su SI, del cual, y solamente del cual crece un NO de amor, de auto-respeto y, por eso, de respeto por el hombre y por la tradición. Pero este SI viene, sólo puede venir con pasos, con pies de paloma. Sólo puede darse a oídos finos, aguzados, a oídos de espera, esto es, llenos del vacío de la actividad tensa de un a tiempo. Y la moda está siempre demasiado ocupada, atareada, demasiado en el afán y en la saña de la presa. La moda desconoce el tiempo, la cadencia de la espera. Por eso es decadente. Ella jamás puede exigir el tiempo y la palabra ciertas. No sabe, no ve, no siente nada de eso. En nombre del modismo Nietzsche se justifica la pereza, esto es, se legitima la recusación a la tarea de pensar y, así, se institucionaliza la estupidez de los tópicos. En nombre de Nietzsche, desde la moda, se facilita y se trivializa todo. Desde nuestra simpleza volvemos todo simple.

Charlatanes, organillos, dice Zaratustra enérgico, enfático, intransigente. Con la moda y desde la moda se chimpancea todo, se vulgariza todo.

La moda, desde el poder de violencia y subyugación de sus necesidades, y con los ojos empañados y el labio amargo, donde está escrito interés lee voluptuosidad y practica voluptuosidad, donde está escrito deseo lee lascivia y practica la lascivia y así promueve la licenciosidad del espíritu, de la vida, y llama a eso, —desde la red y el yugo de su esclavitud— “La magia de los extremos”, murmura para sí, perplejo, el pensador. Así, con toda voluptuosidad y lascivia, en el consumismo y en la devoración de su *hybris*, la moda pasea sus ojos inyectados y rutilantes de azogue del espíritu, de la vida. Pero ella, enana, hinchada, pesada, lerda y de pie plano, llama a eso alegría, jovialidad, inocencia, juego, danza... “La magia de los extremos”, se murmura, perplejo, el pensador, pero comprendiendo y sabiendo, porque sabe y comprende las astucias y muecas del nihilismo, y eso porque sin ceder jamás a las llamadas simplonas y aduladoras de la moda, se dispone siempre a pensarla también y sobre todo. “Todos hablan de mí y nadie me conoce. Sólo eso es soledad”...

La moda, en cuanto y como espacio de la auto-conmiseración de una época, tiene sus necesidades: la distracción del tedio por la afectación, por el barroquismo intelectual y la tergiversación del desespero y de la impotencia, por el bla bla bla castrado de la denuncia por la denuncia, de la criticadera irresponsable y estéril, de la bazofia del esnobismo. Operando desde esta óptica rastrera (Nietzsche llama a eso “Perspectiva de sapo”, a la que él opondrá la perspectiva del pensamiento, que es “Perspectiva de pájaro” o el “*Pathos* de la distancia”) operando desde tal óptica, pues, lanza todo lo que no es esta misma moda en el dominio de la estupidez, de la sandez y de la ingenuidad. Domina la calumnia, el insulto, la injuria, el denigrar, —categorías e índices nihilistas, virtudes de eunucos. Se hace del pasado, de la tradición, el dominio de los debiloides. Medimos entonces desde nuestra altura, desde nuestro tamaño, desde nuestra medida y el resultado es el gran rasero nihilista.

El poder deformante y aniquilador de la moda hace que, para cualquier adepto suyo, al leer al acaso y por recreo dos o tres páginas de Nietzsche o Platón, por ejemplo, se le conviertan en un amontonado de futilidades, de puerilidades —el ingenuo iniciador de la historia de un error. ¿Idea? ¿Verdad y apariencia, verdad y error, realidad como Idea? ¿Pero qué ingenuidad!, ¡Mas qué futilidad!, se calumnia a Platón, se calumnia a Nietzsche y la moda se lisonjea. “Inventamos la felicidad”, dice y parpadea en su bobo deslumbramiento el “último hombre”, pues la moda en el pensamiento es cosa del “último hombre”. ¿Kant? ¿Ese chino de Koenigsberg murió virgen y por eso nunca supo nada de verdad! ¿Categorías a priori, esquematismo trascendental, imaginación y apercepción trascendentales, antinomia de la razón pura? ¿Cuánta insensatez!, ¡cuanta sandez! Calumniamos a Kant, a Nietzsche y nos lisonjeamos. En el dominio de la moda, de la moda Nietzsche, ganan fuerza el engaño, la astucia, el ardid con el cual se identifica a la agudeza, a la rectitud y a la franqueza de espíritu. Entonces se lee una página de Platón o

de Kant, y se lo hace a nombre de un descuido, de un tropiezo, de un chisme, se busca alguna incongruencia, alguna inconsistencia —en fin, se lee así a Platón o a Kant en nombre de Nietzsche, con el espíritu mezquino de la lógica formal disyuntiva. Calumniamos a Kant o a Platón, calumniamos a Nietzsche y nos lisonjamos. El hombre, el tipo de moda que es el hombre, el tipo sin soledad, es el hombre de público, de platea, y de lisonja. De la adulación y del melindre. Así que él es también servil y traicionero. Es un tipo muy, demasiado, femenino, excesivamente afeminado. Nunca es del gusto de la mujer, esto es, de la verdad, suponiendo que la verdad sea una mujer... La moda en el pensamiento es una falta de franqueza para con la vida, con la rectitud de carácter, de espíritu, de cuerpo y de alma, de corazón y de tripa. En la vigencia de la moda, para que podamos aparecer, para que podamos aparecer para nosotros mismos así, adulándonos y lisonjeándonos, es preciso entonces que lo otro, es decir, todo lo que no es adhesión al rebaño de la moda, desaparezca. La moda necesita denigrar y mancillar para hacer aparecer su brillo. En la vigencia de la moda, para que yo sea es preciso que otro antes deje de ser. Eso es típico del odio, del resentimiento, del espíritu mezquino, es típico del hombre más pequeño, del ínfimo, del de menos, del menor, de ninguna soledad. Así es, pues la moda, esta moda, no tolera, no soporta diferencia. El pensamiento de Nietzsche, al contrario, crece y se hace desde el silencio y la soledad y por eso él es, puede ser, palabra de respeto y libertad. ¿Y la moda? ¿Cuándo será ella tocada por el rubor de la vergüenza, cuándo nacerá ella para el secreto, para la gran revelación del rubor de la vergüenza? Esto es, ¿cuándo será ella capaz de perderse y de despreciarse desde la hora del gran desprecio?... Ahí sí comienza la decadencia, la experiencia y el pensamiento de la decadencia, que es pensar, necesitar pensar sin Dios y sin verdad. Pero la moda está abarrotada de verdad y de Dios —por eso no piensa, sólo promueve tópicos, frases, lugares comunes, trivialidades, ella tiene en exceso, ella lo tiene todo, pues ella se tiene.

El más sórdido, el más ínfimo, el más decadente, el más nihilista de los personajes dostoiévskianos, el Stawrogin de *Los demonios*, propala: “Aplanar montañas es un gran pensamiento”. La moda en el pensamiento es el gran aplanador de montañas. Ella necesita de lo plano y sólo de planicie, pues ese es su plan, su lugar, su *topos*, su tópico. Ella nivela, achata, aplasta todo. Es un fenómeno típicamente decadente, típicamente nihilista, —típicamente de odio—. En la vigencia y dominación de la moda se inventa la tierra, la patria del “último hombre”, del más hediondo de los hombres. Con el ojo empañado, con el labio retorcido por el doble de amargor, de odio y de ira, se sonríe parpadeando en su bobo deslumbramiento, y se dice: “¡Inventamos la felicidad!”, ¡creamos la planicie!, “¡Aplanar montañas es un gran pensamiento!”. ¡Viva la planicie!, ¡viva la moda!, ¡inventamos la felicidad! “La magia de los extremos”, exclama para sí el pensador, perplejo, pero sabiendo y comprendiendo, porque sabe y comprende la astuta dinámica del gran travesti: el nihilismo.

Usamos, desde la moda, a Nietzsche, hacemos de su poética vulgaridad, lugar común, verdad evidente, tópico. Y hacemos entonces de este tópico, de este sonsonete, una sofisticada y rebuscada, afectada y barroca intelectualidad (un logicismo), para obte-

ner efectos, resonancias, narcisistas altisonancias y motivos para aplausos. Esto es típico del espíritu coqueto, de la coquetería espiritual. Esto es típico del hombre y del espíritu afeminados, típica afectación, típico capricho de afeminado y eunuco —lo que ciertamente no agrada a la mujer, a la verdad, suponiendo que la verdad sea una mujer... Desde la vigencia y dominio de la moda nos apropiamos cínicamente de un pensamiento responsable y ahí entonces eructamos, con aires graves y revolucionarios, el reaccionarismo de nuestra presunción —vale decir: cortejamos la mala mujer y hacemos exhibición, ostentación de nuestra futilidad, de nuestra frivolidad, de nuestra veleidad.

Desde la moda, desde la afectación y el afeminamiento intelectuales, moldeamos y reducimos a Nietzsche a nuestro alvéolo, a nuestro lecho de Procusto, que es, considerado de modo genuinamente nietzscheano, el odio, el resentimiento, el rencor, el espíritu de venganza. Nuestro ojo, porque es la óptica de moda, está lleno de hiel; nuestro labio, porque sólo saborea la moda y hace de este sabor su saber, está lleno de amargor y de ira. Sí, de lo que está lleno el corazón habla la boca. “Todos hablan de mí y nadie me conoce. Sólo eso es soledad”. Es Nietzsche quien, por la boca de Zarathustra, dice eso de sí y de Zarathustra, esto es, siempre del pensamiento voluntad de poder-eterno retorno, del sentido de la tierra, que es el sentido del ser, que se hace y se da como tonalidad, como disposición, como *pathos* de silencio y soledad —todo sin moda, todo sin ningún modismo—.

La moda en el pensamiento, un fenómeno tan superficial, el más superficial porque es el de menos pensamiento, porque es sin ninguna reflexión, está lleno de subterráneos y cavernas. Es siempre y sólo la superficialización escamoteada y tergiversada del subterráneo, de la caverna nihilista. En metamorfosis, en un juego de mutuas transfiguraciones (lo que Nietzsche llama “los ropajes del más hediondo de los hombres para tomar soportable su mirar”) tenemos este encantador y encantado desfile: el tedio, la euforia, la bazofia, la presunción, el orgullo, lo ilimitado, lo infinito, el desespero, la vanidad, la frivolidad, la veleidad, la ira, el odio, la calumnia, el insulto, la injuria, el rencor, el resentimiento, la venganza, la adulación, la lisonja, la cobardía, la auto-conmiseración, etc., etc., etc... La cosa es servil, de lacayo.

Es preciso desprecio, un gran desprecio, por auto-respeto, por amor propio, sí, por egoísmo, por el gran egoísmo. Hay que poder despreciarse y eso para que se pueda comenzar a leer, a oír a Nietzsche. Pero para ser capaz de ese desprecio es preciso ser un hombre de soledad, con vocación de soledad y no un servil adepto de la moda, no un arrebañado en la moda. Es preciso ser señor, y el señor es hombre de soledad, y no lacayo que es hombre de público, de moda. Pero de la moda a la soledad, del lacayo al señor, sólo es posible pasar de un salto. Pues entre la palabra de soledad, que es la palabra poética, y el tópico de la moda hay un abismo, el infinitesimal abismo que, en el círculo define la mayor distancia entre los extremos, y que es el mayor y el último y el más difícil de ser sobrepasado. Extraña, mala, cruel paradoja ésta del salto que es la paradoja del círculo, del origen circular: ¡para poder saltar es preciso que se haya saltado

ya! Para saltar fuera de la moda es preciso que ya se haya saltado fuera de ella y tener ya ganada la soledad. "Entre los más semejantes brilla de más bella manera la apariencia, la ilusión, porque el más pequeño abismo es el último y más difícil de ser sobrepasado". Esta palabra de Zarathustra atraviesa y traspasa todo, todo Nietzsche, toda su obra, obra de hiperbóreo, porque es obra de silencio y soledad. "Ni por tierra y ni por agua encontraréis camino para los hiperbóreos, eso ya lo sabía Píndaro de nosotros". Así se abre un escrito de Nietzsche. Y, ¿cuál es este camino para los hiperbóreos? El salto y sólo el salto. El salto que es también hacia lejos de la moda, en dirección a la soledad y el silencio. Y el tiempo de este salto marca el instante del abrirse del camino de la creación, porque dispone, y pone el *pathos* para la voluntad creadora, que es el movimiento voluntad de poder-eterno retorno, retorno como dinámica de superación y trascendencia, vida como lo que es un auto-superarse, *Selbstüberwindung*.

Vida como acontecimiento de silencio y de soledad. Y que se hace como crear para más allá de sí (*Über sich selbst hinaus schaffen*), como auto-trascenderse o auto-superarse (*Sich selbst überwinden*), dice e insiste Nietzsche. Más allá de sí —extraño este más allá, este *Über*, este trans suena a meta, ¡siembra metafísica! ¡Pero eso sólo puede ser un descalabro! ¿Lo metafísico como el lugar de Nietzsche, como el lugar de la vida pensada como voluntad de poder-eterno retorno?! ¡Eso sólo puede ser tontería y descalabro! La moda rechina los dientes, espumea y bufa de ira. ¿Pero qué sabe la moda de metafísica? Si supiera alguna cosa, sabría mucho de sí misma y, entonces, ya se habría superado, se habría auto-superado, ganado la auto-trascendencia, y ya habría perdido el tópico de moda para ganar el *topos*, el lugar del pensamiento, que Occidente decidió como meta, como *Über*, como trans como metafísica y ontología, que es el empeño de comprensión del movimiento de trascendencia y auto-superación del ente como presencia, esto es, la vida, la génesis del ser. Para ser filósofo, para ser pensador, y Nietzsche lo es mayúsculamente, es preciso andar por ahí, o absolutamente no ser filósofo, no ser pensador.

En 1888, cuando el silencio y la soledad se hacían más tormentosos y más reveladores para Nietzsche, el tiempo en que en el pensador, el pensamiento de la voluntad de poder se pensaba hasta el fin, él escribe una carta a Karl Fuchs fechada el 14 de abril y remitida desde Turín. Después de decir que permanecerá allí hasta junio, escribe: "entonces partiré hacia mi antigua casa de verano en Sils María: El Alto Engadina, mi paisaje, tan apartado de la vida, tan metafísico... ¡Cómo todo se distancia! ¡Cómo todo se aleja y se aparta! ¡Cuán callada y silenciosa se torna la vida! A mi alrededor ningún hombre que me conozca. Mi hermana en América del Sur. Cartas cada vez más raramente. ¡Y aún no soy siquiera un viejo! ¡Apenas filósofo! ¡Apenas al margen, apartado, alejado! ¡Apenas comprometidamente al margen, distanciado!" En fin, hay que leer: ¡apenas comprometidamente metafísico!

La bulla de la moda no deja llegar al tono el sentido de este comprometimiento metafísico, filosófico, y el distanciamiento del meta como el lugar exacto del pensar,

como el lugar exacto o la distancia cierta del mirar y del oír. La moda, que aplasta pasos de paloma, que sofoca la flauta de Dionisios, que mata el pensamiento, no puede oír, no deja a nadie oír este silencio metafísico. Ahí, sólo ahí comienza el tormento, lo tormentoso y tempestuoso de la vida como fenómeno de trascendencia y superación, como acontecimiento de creación, esto es, de libertad, y esto porque la vida comienza y se da toda donde y cuando se abre la distancia, el alejamiento, el corte, donde comienza a cavarse silencio y “no vivir”, donde florece la evidencia de muerte. La moda, la moda Nietzsche, promoviendo ciegamente un vitalismo animal, un animalismo, es hostil a eso mismo, y por eso es hostil a la vida, la vida como acontecimiento de pensamiento, como poética del pensamiento, del *Logos*, como alegría de lo finito, del límite. Es este *meta*, (este *Über*, este *trans*) que es el elemento, el medio, “medium” del pensador. Como él mismo dice, su paisaje y este paisaje es el que hace reventar el pensamiento del tiempo como génesis y rítmica de la vida, esto es, el pensamiento del eterno retorno como la radicalización de la experiencia de la vida como voluntad de poder. Este *meta*, radicalmente pensado, es el paso a la vida como dinámica, como génesis de tiempo, pues dice el abandono, la pérdida —o mejor el desaprender de la “cosa”, de la “cosa-en-sí”, o del mundo vuelto cosa, cosificado. Este *meta*, radical y originariamente pensado, y es eso lo que quiere decir Nietzsche revigorizando el pensamiento y reconduciéndolo y reatándolo a su reivindicación arcaica, es un retomar la génesis, porque él dice el *para más allá* de la cosa —entiéndase: la instancia de experiencia de ser aquende de la cosa— en-sí, del sustrato, de la sustancia. Es eso lo metafísico pensado como genealogía y fisiología, esto es, vida, realidad como estructura de superación y trascendencia.

Es este un acontecimiento de silencio y soledad, puesto que es de distancia, de alejamiento, de “no vivir”. Pero eso, para nosotros, sólo es posible desde Platón, desde *idea*, esto es, desde la realidad como instante, como hora o tiempo (*kairós*) de presencia y presentificación —de aparecer y de apariencia, de revelarse, de evidenciarse, esto es, de hacerse luz. Platón diciendo *idea*, dice y piensa sin necesitar decir *meta*, lo que la metafísica, diciendo y necesitando decir *meta*, quiere decir y pensar tal como Platón pensó y dijo *idea*. Para nosotros, irrevocables epígonos, el único camino posible para experimentar y pensar lo que el griego, de Heráclito y Parménides a Platón y Aristóteles, puede pensar y experimentar sin jamás necesitar de metafísica, es la propia metafísica pensada y experimentada desde su real propósito y empeño. —Nietzscheanamente dicho: desde su voluntad, desde su querer, desde su real interés. Entender eso, ver eso, es ganar Nietzsche *in statu nascendi*, genealógicamente, esto es, retomar a Platón por las manos de Nietzsche (y sólo el mayor de los epígonos entre los epígonos podría darnos, devolvernos eso) y así, perder el platonismo que se extravió de Platón en el no pensar radicalmente lo que el *meta* quiere y necesita decir en el empeño de exponer a Platón. Zarathustra, dando el paso de la decadencia, hace para atrás el mismo paso que Platón como platonismo, esto es, como *meta*, hace para el frente y, así, él retoma la línea, el umbral de Platón después de haber recorrido todo el camino de *meta* y como *meta* hasta Hegel y hasta como voluntad de poder-eterno retorno. Zarathustra es Platón que una vez más tiene la génesis expuesta en *Idea* sin necesitar del *meta* para decirla. Y Zarathustra siendo

Platón es nadie, del mismo modo que Platón es nadie, pero sólo el envío y re-envío de la génesis en el proceso de diferenciación, esto es, superación y trascendencia del pensamiento, esto es, de la poética, del *Logos* como realización de Occidente –de nosotros. De nuestro destino como el hacerse de nuestra libertad.

La moda, la moda Nietzsche, fomentando en nombre de Nietzsche un vitalismo ciego y estúpido, lanza todo en el dominio de las tinieblas, de la oscuridad, en la indiferencia y amorfidad de lo edénico, de la pura substancia, que es lo superficial del puro devenir, del puro vivir, entendiendo así lo dionisiaco y haciendo así de este pensamiento una filigrana esteticista del nihilismo. Ella se rehúsa a oír, porque eso impone la responsabilidad de lo finito y del límite, que es responsabilidad y destino de silencio y soledad, porque es el radical “no vivir” de que Platón nos habla. Ella es pedante y por pedante ingrata, se rehúsa a ganar el presente, la dádiva de Platón, que nos presenta, que nos llega por las manos de Nietzsche, esto es, por los pies de Zarathustra en el abrirse paso de la decadencia. Y Platón nos presenta aquello de lo que tuvo coraje, la disposición el *pathos*: el error, el “no vivir”, la muerte como el lugar del hombre, lugar éste que el griego llama *Bios theoretikós* y que Platón realiza como idea y Nietzsche, en la culminación del envío de idea como meta, realiza como voluntad de poder–eterno retorno.

El ser, la realidad de lo real exponiéndose en su movimiento de génesis, es idea, anunció y reveló Platón. Y entonces: *incipit tragoedia*. Incipit Zarathustra. El para más allá, el *Übermensch*, que se acostumbra denominar super hombre, es un presente, una dádiva del hombre, –insiste Nietzsche en decir y pensar. Para quien lee a Nietzsche, para quien se dispone a leer a Nietzsche, eso significa: el para más allá del hombre, (el *Übermensch*) que es el más acá de la cosa-en-sí y de la moda, porque la moda, perdiendo la poética y convirtiéndose en tópico y dominación de cosa-en-sí, es entonces una necrofilia y necrofilia –el para más allá del hombre, esto es, la metamorfosis del espíritu en niño, es un regalo, una dádiva de Platón, de la idea, del meta ahí co-implicado, o sea dádiva del pensamiento en cuanto y como camello y león, para decirlo en el lenguaje de Nietzsche.

Pero la moda endulza todo, embota, aplana, facilita todo. La moda no sabe nada de la muerte y por eso nada de la vida, pues ella, desde el ejercicio de la auto-conmiseración, está empeñada en neutralizar, en borrar el destino, el envío de luz. El abismo es la luz, es en la luz donde el abismo como abismo se revela en su totalidad, o sea, es ahí donde se patentiza el sin fondo que él es. La moda no piensa, no puede pensar, este destino de luz. Así ella pierde lo trágico, la tragedia. Con pomada y bálsamo a mano ella no deja el dolor de Nietzsche, el dolor del hombre de Occidente, doler hasta el fin. Sí, ella alivia el dolor y envenena la herida. Ella es realmente cosa de padre (¡y también de ex-padre!), cosa de auto-conmiseración. Por auto-conmiseración ella es tan económica de dolor que se vuelve miserable, indigente de vida. Ella, por miserable conveniencia, olvida que Nietzsche, radicalizando el destino de luz, no dice: “Pienso, existo”, sino: “Duelo, hay dolor, –soy, existo”. Trágico se es cuando se es Sócrates, cuando se es Platón hasta

el fin, esto es, luz hasta el límite de la luz. Ahí sí comienza la locura, la locura lúcida, la lucidez de la locura, que es la única posible para el pensamiento, pues es la lucidez la que es la locura, el habla del abismo. Es en la exactitud, en lo matemático, en lo geométrico, es allí donde más y mejor se acierta, donde mejor y más se muere. Es cosa de incandescencia de hielo. Hay que acertar para morir, para poder morir. Si el miedo de errar, como dice Hegel lapidariamente, es el propio error, es igualmente verdadero que el miedo de acertar es el miedo de morir.

Es acertando, sólo acertando, como se gana la hora, el tiempo cierto (*kairós*) del morir. *Incipit tragoedia*. La moda no sabe nada de eso, porque ella engrasa, unta, llena todo de vaselina... Es Zaratustra que dice: "Muchos mueren demasiado tarde y otros demasiado temprano". Todavía suena extraña la doctrina: "¡Morir a tiempo!" "¡Muera a tiempo, muera en el tiempo cierto", así enseña Zaratustra. Realmente, quien jamás vive en el tiempo justo, ¿cómo podría morir en el tiempo cierto? ¡Que éste jamás hubiera nacido!" Y el tiempo cierto es el acierto, la idea. Platón muere en el tiempo cierto, porque arriesga el error cierto en la hora necesaria. La moda, porque es pomada, bálsamo y vaselina, en fin, porque es sólo auto-conmiseración, muere demasiado pronto, pues nunca vive a tiempo, en el tiempo cierto. ¡Ah, que ella jamás hubiera nacido!

Esa luz, ese mirar recto y punzante que acierta en pleno y por eso muere pleno, —eso es Nietzsche, eso es Sócrates, Platón. La moda, mezquina, empequeñece el destino de Nietzsche. Ella, por auto-conmiseración, no deja aflorar el Nietzsche socrático, platónico, ella mutila lo trágico y lo pierde, lo neutraliza por conveniencia auto-conmiserante. Ella no deja aparecer a Sócrates y a Platón, los enviados de luz, obnubilados y caducos en la llamada, por los parias del pensamiento, esquizofrenia de Nietzsche. Visto así el cuadro llega a ser grotesco o, para ante-verlo y decirlo con Nietzsche, "*d'une moralité larmoyante*": Nietzsche, en su propio decir, el primer filósofo trágico, caduco, mascando esa nada que los viejos en aislamiento senil mascan en una mueca repetitiva y mecánica, probablemente babeando, alimentado en la boca, y cubierto por un buen babero, tal vez usando pañal, probablemente haciendo pipí y popó en la cama, —pues bien, este Nietzsche es el mismo Sócrates que, altiva y noblemente toma cicuta desde su solemne autonomía, desde su muerte. Para ser trágico, un auténtico trágico que precisa también pasarse de grotesco, ha de poder verse con horror y escalofrío en este Nietzsche caduco y senil, la muerte de Sócrates —sí, no a Sócrates, sino la muerte de Sócrates, ahí y así muriendo. La muerte de Sócrates muriendo en Nietzsche —¿comenzará ahí la "*Gaya Scienza*"? ...Aquel Sócrates y este Nietzsche, esto es, idea y voluntad de poder-eterno retorno, son uno y un mismo hombre, un sólo y único destino (envío) o sea; el hombre de Occidente, el hombre europeo, el hombre del mundo tecnocrático, el hombre de la *Aspirina* que es nuestra moda. Nosotros seríamos grandes, seríamos realmente trágicos, seríamos del tamaño y la estirpe de Nietzsche, si hiciéramos de esta su miseria, de este caduco, nuestra cuestión, nuestra esencia, nuestra génesis, o sea, la concretización de nuestro existir de ciudadanos del siglo xx.

Pero la moda Nietzsche, sin soledad y por auto-conmiseración, al contrario de esto usa la farsa de la inocencia, de la niñez, de lo lúdico, de la danza, de la fiesta, sin nunca haber sabido nada de la culpa, de la caída del límite, del peso, de la melancolía, del luto, del desvarío de la muerte de Dios –sin saber nada del burro y del camello. La moda Nietzsche crea un bando de bobos alegres. ¡Yo, de mi parte, soy mucho más Sancho Panza...!

Hay un canto en el Zaratustra, *El canto de la Noche*, del cual Nietzsche dice que es el de más profunda melancolía y de haber sido escrito en una “soledad azul”, en una “felicidad de esmeralda”. Es un canto de profunda y honda melancolía, porque es el canto, el cantar de un destino de luz, del destino de Platón, del cual Zaratustra participa, el cual comparte. Y el refrán, esto es, la repetición, es el retomar de lo revigorizante de este canto, suena así: “¡Soy luz! ¡ah, que fuese noche! Mas esta es mi soledad: que estoy ungido y ceñido de luz”. Hay que tener mucha serenidad, mucha disposición de silencio y soledad, para pensar, para sopesar esta consanguinidad de Nietzsche y de la tradición, de Nietzsche y de Platón, para ganar así realmente lo trágico y el sentido de la afirmación de Nietzsche de ser él el primer filósofo trágico. Hay que tener bastante serenidad y ninguna prisa para hacer de esta cuestión algo nuestro y serio, nuestro y grave, –nuestra cuestión esencial, porque sólo ella, hoy, nos llama al respeto–. Es bajo este modo concreto e irrevocable como el pensamiento se nos ofrece. Es así como Heráclito, Platón, Nietzsche, nos legan la tarea de la filosofía hoy, es ahí y así como se impone hoy nuestro filosofar, nuestro pensar. Nos legan, esto es, legan a aquellos que son de vocación filosófica y no a los charlatanes de la moda. Es sólo recibiendo la tradición así enviada como se podrá hablar sincera y responsablemente de una revolución, porque así promoviendo y realizando esta tradición así enviada bajo la forma de nuestra cuestión, estaremos concretizando nuestra libertad. Es revolución porque es libertad, pues la libertad y su hacerse es, y sólo puede ser, siempre re-volución. Pero para tanto la moda precisa callarse la boca, pues, como nos recuerda Nietzsche, “De cosas grandes hay que hablar con grandeza o callarse”.

Veamos cómo Nietzsche cierta vez trazó el perfil del filósofo, lo que lo marca, lo que lo caracteriza, cómo él se quiere:

“Tal vez una oscuridad voluntaria; un cierto evitarse a sí mismo; un cierto retraimiento resguardado delante del alarido, de la veneración y de la admiración de culto, de los periódicos y de las influencias; una pequeña ocupación, un cotidiano algo que oculta más que poner en evidencia;... Lo que Heráclito evitaba, lo que también nosotros evitamos: el alarido y la habladuría de los Efesios, su política, su novedad de “imperio” (Persa, ¡compréndanme!), sus floreos y habladurías de hoy, de mercado y de plaza pública, –pues nosotros los filósofos, sobre todo delante de una cosa precisamos de una serena y reservada distancia: delante de todo hoy. Nosotros dignificamos lo silencioso y lo quieto, lo frío, lo noble, lo distante, lo pasado, sobre todo aquello delante de cuyo aspecto el alma no necesita defenderse y ovillarse sobre sí misma en insistente guardia –algo con

lo que pueda hablarse sin levantar la voz, sin volverse ruidoso-. Sólo se oye el timbre que un espíritu tiene cuando habla, pues todo espíritu tiene su timbre, su tono, y todo espíritu ama su propio timbre, su propio tono. Aquel, allá, por ejemplo, debe ser un agitador, esto es, un cabeza hueca, un cabeza de viento, y todo lo que en él entra, sale con resonancia embotada y lerda, vuelta pesada por el eco del gran vacío. Vea aquel otro, que tiene delante de sí un auditorio, una platea: es un orador. Mas haciendo uso de palabras él piensa como orador y no como pensador. Vea este tercero, que habla insinuantemente. El se aproxima demasiado a nosotros, hasta nos toca con su aliento, hasta nos acaricia, pero como que instintivamente nos retraemos, aunque sea ante un libro a través del cual él nos habla; el timbre, el tono de su estilo nos revela la razón de su comportamiento: él no tiene tiempo, él no cree en sí mismo y, así, él habla hoy o no hablará nunca más. Pero un espíritu seguro de sí habla bajo y manso; él busca la oscuridad, él se hace esperar. Un filósofo se da a conocer por el hecho de que evita tres cosas brillantes y ruidosas: la fama (la gloria), los príncipes y las mujeres -con lo que no está dicho que ellas no vengan hasta él-. Delante de mucha luz, de luminosidad maravillosa, él se retrae con encanto y pudor, y por eso él recatadamente se retrae de su tiempo y del día, de la luminosidad que él esparce. El es como una sombra: tanto más el sol se pone para ella, tanto mayor ella se vuelve. ...El hace un uso muy parsimonioso de las grandes, de las altisonantes y grandilocuentes palabras -eso le suena ampuloso y a bazofia..."

Positivamente, Nietzsche, el pensamiento de Nietzsche, no es cosa de venir al habla bajo la iluminación del sol de la moda. Todo lo que vive precisa de un aura de sombra. Tal sol debe ponerse para que en la concentración de su sombra comience a crecer y fructificar una lectura de Nietzsche, un leer auscultante. No leer a Nietzsche por Nietzsche, lo que sería insípido, poco interesante. Y leerlo no es hacer tampoco de él tema de "investigación" aplicada, no significa atarlo a la confusión del tapar huecos de la investigación, de los investigadores, esto es, no atarlo a la saña de la curiosidad libresca e intrigante que es la "investigación", ese otro fenómeno de la moda intelectual en el supermercado académico-universitario, y que envilece, que degenera el estudio, la reflexión paciente y lenta, y que nos vicia y degenera con exigencias académicas estrechas y tacañas, de "disertación". Es posible que la mejor disertación termine siendo aquella que no sea ninguna "investigación". La "investigación" es sólo para los bancos y catastros de pesquisas y disertaciones. Eso hace parte, parte necesaria, de la contabilidad de la decadencia. No tiene nada que ver con la filosofía, con el pensamiento.

Se trata de leer a Nietzsche, porque él nos trae, nos lega una cuestión esencial, o sea, una cuestión que nos llama al respeto, como que es cuestión de nuestra génesis, o cuestión del hacerse de nuestra libertad. Se trata de leer a Nietzsche por ser de nuestro exclusivo interés, esto es, por estar en cuestión nuestro vínculo, nuestro fincamiento en nuestro existir. Se trata de leer a Nietzsche por amor propio, por auto-respeto. Y para ello hay que, antes de más nada, empezar por respetarlo donde él necesita ser respetado, donde sobre todo él mismo se respeta: en el pensamiento.

En 1886, entre otros, escribió Nietzsche un prefacio para *Aurora*, obra de 1880. La última página de ese prefacio es de una limpieza y de una gravedad tales, que precisamos memorizarlo, esto es, tenerlo en el corazón, al dirigimos a cualquier otra de sus obras, a cualquiera de sus páginas. Oigamos lo que él ahí nos dice, guardémoslo en la memoria del corazón: “Por fin: ¿para qué necesitaríamos decir tan alto y con tal fervor lo que somos, lo que queremos y no queremos? Veámoslo más fría, más distanciada, más correcta, más elevadamente —digámoslo tal y como entre nosotros es permitido que se lo diga, tan en secreto, que todo el mundo no lo oiga, ¡que todo el mundo no nos oiga! Sobre todo digámoslo l e n t a m e n t e... Este prefacio viene tarde, pero no demasiado tarde —¿qué son cinco, seis años? Un libro tal, un problema tal, no tiene prisa. Además, nosotros dos, yo y mi libro, somos amigos de lo lento. No es en vano que se fue filólogo —tal vez inclusive aún se lo es—. Eso quiere decir: un maestro del leer atentamente. En fin, se escribe también con lentitud. No sólo pertenece a mis hábitos, sino también a mi gusto —un malicioso y perverso gusto—, ¿tal vez? escribir todo de tal forma que todo hombre que tiene prisa es con eso llevado al desespero, a la desesperación. La filología es un arte venerable que exige de su cultivador, antes de más nada una cosa: pasar a lo largo, darse tiempo, hacerse silencioso, volverse lento, tal y como una orfebrería, tal como un arte de lapidación de la palabra. Un arte que tiene un trabajo sutil, cuidadoso y esmerado a hacer y que, sin embargo, nada alcanza sino lo gana bajo la forma de lo lento. Precisamente es por eso hoy la filología más necesaria que nunca, precisamente por eso ella nos atrae y nos encanta más vigorosamente en plena época del trabajo, esto es, de la prisa y de la presurosidad indecorosa y sudada que quiere acabar todo luego, que quiere luego hacerse rápida con todo —también con este antiguo y nuevo libro—. También ella, la filología, no se hace tan fácilmente pronta, acabada, con cualquier cosa. Ella enseña a leer bien, esto es, leer lentamente, honda y profundamente, con cuidadosa atención, con prudencia retrospectiva, con sub- y co-pensamientos, con puertas y ventanas abiertas, con dedos y ojos finos, aguzados, tanteantes ... Mis pacientes amigos, este libro reclama para sí lectores perfectos y filólogos: ¡aprended a leerme bien!”.

Petrópolis, 27 de julio de 1983.

**NIETZSCHE CONTRA NIETZSCHE
O A PROPOSITO DE NIETZSCHE**

Por: Gilvan Fogel

**NIETZSCHE * ETERNO RETORNO
* NIHILISMO * DECADENCIA *
PENSAMIENTO**

RESUMEN

Este texto se ocupa del pensamiento como moda; específicamente de la moda Nietzsche. El nihilismo es pensado en un doble sentido: por un lado constituye nuestro origen, nuestra génesis, y por el otro este nihilismo es el correlato de la moda (en el pensar). La verdadera filosofía es esencialmente inactual, extemporánea. Al afán vertiginoso de la moda hay que oponerle el ser amigos de lo lento.

**NIETZSCHE VERSUS NIETZSCHE
OR ON NIETZSCHE**

By: Gilvan Fogel

**NIETZSCHE * ETERNAL RECU-
RRENCE * NIHILISMO * DECA-
DENCE * THOUGHT**

SUMMARY

This text has to do with thought as fashion; specifically, the Nietzsche fashion. Nihilism is considered in a double meaning: on the one hand it constitutes our origin, our genesis, and on the other this nihilism is a correlative of fashion (in thought). A true philosophy is essentially outmoded, extemporaneous. The vertiginous striving after what is in fashion has to be opposed by a search of lentitude.